

tad. El historiador de los treinta tiranos dice que los Césares galos fueron enviados por los dioses, á fin de impedir que los Germanos invadiesen el Imperio. Lo que los jefes de los Galos habian hecho en Occidente, Odenato y la célebre Zenobia lo hicieron en Asia. El emperador Aureliano, el vencedor de Zenobia, reconoció que el mantenimiento de la dominacion romana en Oriente se debía á su valor, á su prudencia (1).

Estas insurrecciones provinciales eran un esfuerzo instintivo de los diversos pueblos confundidos en el Imperio para recobrar su independencia. La tentativa era prematura; no habian llegado los tiempos en que pudieran fundarse las nacionalidades. Era preciso que ántes la invasion de los Bárbaros destruyese el mundo antiguo, que los pueblos del Norte se estableciesen en las provincias conquistadas y que formasen nuevos estados; solamente despues de una existencia secular, durante el largo período de la Edad Media salieron estas pequeñas sociedades de su aislamiento y empezaron á reunirse y á formar núcleos de naciones. La obra de la formacion de las naciones continúa todavía; solamente cuando esté ya realizada se podrá pensar en la union armónica de todos los miembros del género humano.

## § II. — Mision y carácter del Imperio.

La unidad del Imperio estaba radicalmente viciada. No hay más unidad verdadera que la fundada sobre la armonía de los intereses y de las simpatías de los pueblos. El lazo que unia á las naciones bajo la dominacion de Roma era puramente material, exterior. Este orden aparente ocultaba el desorden profundo de elementos heterogéneos. Bajo la magnífica, pero engañadora unidad de la administración romana, germinaban los elementos de discordia, diversidades de raza, de lengua y de genio. Esta reunion de pueblos era un estado contra la naturaleza; de aquí la rapidez

(1) TREBELL., POLL., *Trig. Tyr.*, c. 2, 4, 29, 14.

con que se separaron del Imperio en la época de la invasion de los Bárbaros (1).

Habia en la unidad romana un vicio más profundo todavía. En vano pretendia Roma realizar la ciudad universal; los Bárbaros y los esclavos protestaban contra esta mentirosa unidad. Los Bárbaros, que poblaban los mercados de esclavos; los esclavos, más numerosos que la poblacion libre, ¿serán excluidos para siempre de la gran familia humana? La antigüedad así lo creía; por esto cayó para dejar paso á un mundo nuevo. Sin embargo, para esa inmensa revolucion no ha sido inútil la unidad del Imperio; ésta es su mision providencial y su título de gloria. Oigamos á Bossuet explicar los designios de la Providencia: «Dios, que habia resuelto congregarse en el mismo templo al pueblo nuevo de todas las naciones, ha reunido primeramente las tierras y los mares bajo este mismo imperio. El comercio de tantos pueblos diversos, en otros tiempos extraños los unos á los otros, y despues reunidos bajo la dominacion romana, ha sido uno de los medios más poderosos de que se ha servido la Providencia para propagar el Evangelio» (2).

La monarquía universal que intentó Roma era una obra imposible, porque es contraria á la naturaleza. Sin embargo, habia en esta tentativa como un instinto de la unidad que el género humano debe realizar bajo otra forma. El Imperio romano es una imagen grosera de la asociacion de los pueblos; aún cuando fundado en la violencia, produjo una parte de los beneficios que resultarán algun dia de la asociacion libre y pacífica de las naciones. A medida que los hombres se acercan, el círculo de sus ideas y de sus sentimientos se ensancha. El patriotismo mezquino de la antigüedad hizo lugar á un espíritu cosmopolita, al ménos dentro de la dominacion romana. Sigamos en sus detalles este movimiento civilizador que es el rasgo característico del Imperio.

Un historiador griego llama á Roma «la ciudad comun y filan-

(1) MICHELET, *Historia de Francia*, libro II, c. 3.

(2) BOSSUET, *Discurso sobre la historia universal*. Compárense las *Meditaciones sobre el Evangelio*, LXXII.—PASCAL (*Pensamientos*, II, 12, 6) y MONTESQUIEU (*Grandeza y decadencia de los Romanos*, c. 16) expresan el mismo pensamiento.



tropical por excelencia» (1). Las repúblicas de la Grecia quedaron todas circunscritas en los límites de una ciudad. Roma también fué durante siglos una república municipal que dominaba sobre los pueblos conquistados. La fusión de los patricios y plebeyos, la admisión de los Italianos al derecho de ciudadanía, prepararon un nuevo orden de cosas. A la caída de la República dejó de ser Roma la señora del mundo para ser la capital del Imperio. El progreso hacía la unidad continuó; los vencidos fueron llamados todos á compartir los derechos de los vencedores.

El derecho civil participó del movimiento que arrastraba al mundo hacía un nuevo porvenir. En un principio el derecho romano fué estrecho, como las ideas del pueblo de quien era expresión. Las relaciones con las naciones extranjeras introdujeron un elemento más grande en la vida de Roma: la equidad, la humanidad triunfaron del espíritu formalista de la jurisprudencia antigua.

¿El derecho de gentes y las relaciones internacionales sufrieron también la influencia de la revolución que se operaba en las ideas? El Imperio romano dió la paz al mundo, pero esta paz era más aparente que real. En lo interior el despotismo excedía en crueldad á la guerra. Las hostilidades eran incesantes en las fronteras; los Bárbaros esperaban la decadencia del Imperio para repartirse sus despojos. Apenas humanizó la civilización á los Romanos; las guerras siguieron siendo crueles hasta el fin de la antigüedad.

Los Romanos despreciaban la industria y el comercio; el mar les inspiraba un terror supersticioso. Sin embargo, la reunión de tantos países bajo las mismas leyes, la facilidad y la seguridad de las comunicaciones favorecieron el comercio interior. La parte de la tierra que las armas de Roma habían descubierto fué explorada y descrita en provecho de la ciencia y de las relaciones internacionales.

Las ideas religiosas sufrieron igualmente la influencia de la dominación romana. La conquista, que sometió sucesivamente los pueblos al imperio de Roma, fué el principio de una especie de

(1) DION. HAL., I, 89: κοινωτάτην τε πόλιν καὶ φιλανθρωποτατήν. ATHENEO llama á los Romanos el pueblo del Universo: οἰκουμένης δῆμον (I, 36).

unidad pagana. Pero la unidad religiosa era más defectuosa aún que la unidad política: no era más que un grosero sincretismo que atestigua la impotencia del paganismo para dar al mundo la unidad que esperaba. Esto no es decir que este trabajo no haya tenido su utilidad; preparó los espíritus para una religión que, desde su advenimiento, anunció que había de abrazar la humanidad entera.

Los beneficios de la unidad romana no estuvieron exentos de males. Hay algo de seductor en la idea de la tierra entera sometida á las mismas leyes, cambiando en relaciones pacíficas sus productos y sus ideas: es como una imagen del gobierno de la Providencia. Pero el hombre no está en estado de soportar el peso de semejante poder; su debilidad aumenta con su elevación; en el momento en que se cree igual á Dios, su razón se pierde y se turba. Este es el espectáculo que presenta el Imperio romano.

Los emperadores, representantes de la soberanía del pueblo, gozaban de un poder absoluto (1). Su orgullo no se contentó con la dominación del mundo; quisieron ser honrados como dioses. Oigamos al filósofo Séneca exponiendo las atribuciones del poder imperial: «El príncipe es el preferido entre todos los mortales, elegido para llenar sobre la tierra las funciones de los dioses; él es entre las naciones el árbitro de la vida y de la muerte. La suerte y la condición de todos están en sus manos. Lo que la fortuna quiere dar á cada uno de los hombres, lo declara por su boca; de su respuesta depende la alegría de los pueblos y de las ciudades. Ninguna parte del mundo florece más que por su voluntad y su favor. Todos esos millares de espadas que la paz mantiene envainadas se desenvainan á una señal suya. Las naciones que han de ser aniquiladas, las que han de ser trasportadas, las que han de recibir la libertad, las que han de perderla, los reyes que han de caer en la esclavitud, las sienes que han de recibir la diadema real, las ciudades que han de ser arruinadas y las que han de ser

(1) L. I. D. I, 4: «*Quod principi placuit, legis habet vigorem utpote quum lege regia, quæ de imperio ejus lata est, populus ei et in eum omne suum imperium et potestatem conferat.*»—L. 31. D. I, 3. «*Princeps legibus solutus est.*» C. DION. CASS., LIII, 18, 28.



fundadas, todo esto depende de su voluntad» (1). Considérese á aquellos monstruos ocupando el trono del universo, ejerciendo aquel poder ilimitado, haciéndose adorar, y calcúlense los efectos de este trastorno de las ideas morales!

La reunion de los pueblos antiguos bajo las leyes de Roma imprimió primeramente un movimiento prodigioso á la civilizacion material. Se concibe que los hombres estuviesen como deslumbrados por el espectáculo de la paz y de la abundancia, que reinaban en países que habian sido por largo tiempo devastados y ensangrentados por hostilidades incesantes. Creyeron que la edad de oro iba á renacer (2). Hay en esta ilusion un fondo de verdad; estado ha habido que ha sido más rico como provincia romana que como monarquía cristiana. *Gibbon* pregunta qué ha sido de las 360 ciudades que la España tenía bajo el reinado de Vespasiano; qué ha sido de las 500 ciudades del Asia romana, todas ricas, populosas, embellecidas por las artes? Pero «los beneficios del despotismo son cortos y éste envenena las fuentes mismas que abre» (3). La brillante cultura del Imperio acabó por cambiarse en un desierto; la especie humana se enervó y se envileció.

Los Galos, los Griegos, los Italianos, los Asiáticos, los Africanos tenían la misma patria; pero los sentimientos de los hombres, seres limitados, se debilitan cuando se extienden demasiado; el que no tiene más patria que el universo, no tiene patria. Los Griegos, miéntras tuvieron que defender la Grecia, fueron un pueblo de héroes. Los Galos se sacrificaron á millones por su independencia. Se habian necesitado combates seculares para someter á los pueblos italianos y españoles. Estas mismas naciones apenas opusieron alguna resistencia en la época de la invasion de los Bárbaros.

¿No era providencial esta decadencia general? ¿No era necesaria la caída de las nacionalidades para que los Bárbaros y el Cristianismo pudiesen ocupar el lugar de la antigüedad? Es seguro que los pueblos que fueron sucesivamente conquistados habian llenado su mision, y la decadencia de Roma comenzó en cuanto es-

(1) SENEC., *De Clement.*, I, 1.

(2) ARÍSTID., *Or. in Romam*, p. 398, t. I, p. 227, ed. Jebb.

(3) GUIZOT *Historia de la civilizacion en Francia*, 2.<sup>a</sup> leccion.

tuvo acabada la obra de la conquista. Esta es una señal evidente de que la sociedad estaba infectada de un vicio que debia producir su muerte. Pero la muerte no es más que una transicion á una nueva vida. Es decir, que bajo el punto de vista providencial, la decadencia misma es una necesidad. ¿Cuáles son los elementos esenciales de la civilizacion moderna? Los Germanos y el Evangelio. Los Germanos no hubieran conquistado á la Europa si hubiesen hallado á los pueblos antiguos en toda su fuerza. Jesucristo, dicen los Padres de la Iglesia, no vino ántes porque los hombres no le hubieran comprendido; puede decirse tambien que ha sido necesaria la caída de las antiguas nacionalidades, estrechamente ligadas al paganismo, para que pudiera establecerse la religion cristiana. Aún en el estado de debilidad en que se encontraba la antigüedad á la venida de Jesucristo, sus discípulos tuvieron que sostener una ruda lucha contra el Imperio y contra todos aquellos que seguian adictos á las antiguas instituciones. ¿Qué hubiera sucedido si las naciones hubiesen estado todavía llenas de vida? En este sentido podemos decir que el advenimiento de los Bárbaros y del Cristianismo implicaba la decadencia de la antigüedad. Esta no es una justificacion de la espantosa corrupcion del Imperio, es una justificacion de la Providencia; ella nos permite asistir sin disgusto al espectáculo de una decrepitud moral de que no ha habido ejemplo. El sentimiento abre paso á la esperanza y á la fe, cuando vemos en medio de las apariencias de la muerte los signos precursores de una palingenesia social.